

## RESEÑAS

### **The Secrets of Alchemy**

LAWRENCE M. PRINCIPE

The University Chicago Press, Chicago, 2013, VI + 281 pp.

ISBN: 978-0-226-68295-2, PVP: 25 USD

Pocos temas en la historia de la ciencia resultan tan controvertidos como la alquimia. En la cultura popular, la encontramos casi invariablemente asociada a un tipo u otro de ocultismo, a la magia, cuando no a la simple superchería, y evoca la capacidad de provocar transformaciones fantásticas en la materia, gracias sobre todo a esa sustancia extraordinaria denominada Piedra Filosofal, el deseado fruto de la ardua labor del alquimista. Desafortunadamente, ese profundo desconocimiento de la verdadera naturaleza de la alquimia también se extiende al mundo académico. ¿Cuántos de los profesionales que se dedican a la enseñanza o la investigación podrían reconciliar la imagen de un Isaac Newton inclinado sobre sus matraces y hornos a altas horas de la noche, esperando pacientemente la señal que le anuncie el éxito de su operación alquímica, con la del físico y matemático a quién se toma como punto de partida de la ciencia verdaderamente moderna? Y efectivamente, Newton se dedicó intensamente al estudio de la alquimia, al igual que lo hizo su contemporáneo Robert Boyle.

Las dificultades inherentes al estudio de la compleja historia de la alquimia explican en buena medida esa situación, agravada por el muy reducido número de especialistas que se dedican a su cultivo. Sin embargo, en los últimos cuarenta años estamos asistiendo a una revitalización de los estudios sobre la historia de la alquimia, que están arrojando una luz cada vez más clara sobre este intrincado campo de la actividad humana, pero cuyos resultados apenas trascienden no solo al público en general, sino incluso a los ámbitos académicos no directamente relacionadas con esa temática, al ser recogidos fragmentados en publicaciones muy especializadas que no proporcionan una visión de conjunto.

El libro escrito por Lawrence Principe, profesor de humanidades en la universidad norteamericana Johns Hopkins, y uno de los principales especialistas mundiales en la historia de la alquimia, campo en el que trabaja desde hace casi treinta años, nace con la voluntad declarada por su autor de remediar esa situación, al proporcionar tanto al público en general como al lector más especializado “una guía fidedigna

a los secretos de la alquimia”, incorporando en él una gran cantidad de material solo accesible en revistas especializadas. La obra se propone responder a las preguntas de qué es la alquimia, quienes eran los alquimistas, qué hacían en sus laboratorios y en qué creían, cuál era su visión del mundo y como eran vistos por sus contemporáneos. Aunque el cuerpo principal del texto está dirigido fundamentalmente al lector no especializado, las abundantes notas que lo acompañan, un total de 417, y la extensa y actualizada bibliografía, proporcionan una guía extraordinariamente valiosa a los estudios académicos más recientes, así como a fuentes primarias fidedignas, muy útiles para todo aquel que desee profundizar en los múltiples aspectos de la alquimia tratados en este libro.

La obra está estructurada en siete capítulos. Los tres primeros tratan sucesivamente de manera cronológica la historia de la alquimia greco-egipcia, árabe y medieval latina. Siguiendo ese orden, el cuarto capítulo debería haberse dedicado a la alquimia de la Europa Moderna, pero en lugar de ello, trata sobre el desarrollo de la alquimia desde el siglo XVIII hasta nuestros días. De esa manera los tres últimos capítulos están dedicados a tratar diversos aspectos de la alquimia en su edad dorada, la de los siglos XVI y XVII, el primero de ellos a su historia. En el sexto capítulo, titulado “desvelando secretos”, con toda seguridad el que más sorprenderá al lector, el autor describe de manera muy detallada varios ejemplos en los que ha logrado replicar con éxito en el laboratorio varios procedimientos de naturaleza alquímica, tras una ardua labor que ha combinado el análisis textual con el trabajo experimental. En el séptimo y último capítulo describe la relación entre la alquimia y la cultura de los siglos XVI y XVII, en particular en aspectos relacionados con la pintura, la embleática, la poesía, y finalmente con la religión.

Tengo que decir que el libro está escrito de manera elegante y cautivadora, mostrando su autor una gran maestría al enlazar de manera natural unos temas con otros, hasta producir una narrativa fluida que apenas sin esfuerzo conduce al lector a un viaje apasionante a través de la historia de la alquimia. ¿Qué es lo que va a encontrar el lector en ese viaje, que como veremos no está desprovisto de peligros? En primer lugar, y basado en lo que revelan las fuentes históricas, una reivindicación de la alquimia como una práctica experimental guiada por principios teóricos, que ha tenido una influencia positiva en el desarrollo de la Revolución Científica. El libro abunda en detalles sobre este asunto, sobre todo en el capítulo 6. De esta manera, el autor aleja la alquimia de la visión forjada en el siglo XIX, que la convertía en un método de transformación espiritual, que no se sostiene a través del análisis exhaustivo de las fuentes. También la distancia de la visión opuesta, una simple práctica empírica de laboratorio. Con su interpretación operativa de numerosas imágenes alegóricas que tan frecuentemente ilustran los tratados alquímicos, el autor desmonta las de carácter místico que con frecuencia se les atribuyen en obras populares.

Respecto a la alquimia y su relación con la química, Principe propuso en 1998, junto con el también historiador norteamericano de la alquimia William Newman, la

utilización del antiguo término inglés *chymistry* para referirse conjuntamente a lo que hoy denominamos química y alquimia (véase p. 85 del libro), que se podría traducir por *chymica* en el español de la época. Ambos historiadores sostienen que ambos dominios, la química y la alquimia, se practicaban de manera indiferenciada antes del siglo XVIII, y por lo tanto, según ellos, es preferible referirse a ellos con ese término. Aunque el empleo de este término se ha extendido progresivamente entre los especialistas, ello no deja de presentar, en mi opinión, dificultades a la hora de diferenciar prácticas experimentales que tienen poco que ver entre sí desde un punto de vista de sus fundamentos teóricos, un aspecto al que el propio Príncipe concede la mayor relevancia, como hemos visto. En el epílogo del libro, considera que la preparación de la Piedra Filosofal, el agente capaz de transmutar metales como el plomo o el mercurio en oro, la fabricación de vidrio, la metalurgia, la preparación de pigmentos, aleaciones o productos farmacéuticos, pertenecían todos ellos al dominio de la alquimia. Este es el segundo gran mensaje del libro, que es sin duda una obra de tesis, podríamos decir, el mostrar la gran diversidad histórica de las experiencias *chymicas*. Sin embargo, el libro no trata en absoluto asuntos relacionados con la metalurgia, ni tampoco del teñido de tejidos, por nombrar solo dos procedimientos relacionados con la tecnología química. Siendo indudable que numerosos alquimistas se interesaban por la química aplicada, no lo es menos que muchos otros no lo hacían, o al menos no tenemos constancia de ello, y en todo caso el marco teórico en el que desarrollaban su labor los practicantes de lo que tradicionalmente se ha venido denominando alquimia tiene poco que ver con muchas de esas prácticas artesanales. Para Príncipe, la alquimia transmutatoria solo es una variedad, un aspecto de la alquimia. Sin embargo, la tecnología química estaba muy desarrollada en el Egipto greco-romano antes de la aparición de los primeros textos alquímicos, y lo mismo ocurría en la Europa medieval latina antes de que se tradujese del árabe al latín la primera obra de alquimia en 1144. ¿Podemos hablar entonces en propiedad de que la alquimia ya existía en Europa y Egipto antes de esas fechas? Por otra parte, si se acepta esa noción general de *chymica*, si todas las prácticas englobadas bajo ese término eran esencialmente de la misma naturaleza, entonces resulta difícilmente explicable que se rechazase la alquimia en los ámbitos académicos en los albores del siglo XVIII, y se aceptase sin embargo los restantes aspectos de esa *chymica*. La inclusión indiferenciada de la alquimia en el seno de prácticas de manipulación de la materia conduce en mi opinión a problemas historiográficos serios.

La tercera propuesta del ensayo es la consideración de la alquimia como una práctica de transformación de la materia despojada de todo factor que pudiéramos denominar cosmológico. Este es, en mi opinión, un aspecto esencial de la práctica alquímica que es casi completamente ignorado en el libro. El ejemplo más claro lo constituye la afirmación de que los vínculos entre metales y planetas son solo simbólicos o alegóricos, aunque (cito textualmente de la p. 111) “... unos pocos [de los químicos de la Europa moderna] sugerían que las influencias planetarias desempeñaban un papel en la formación del correspondiente metal en el seno de la tierra”,

sin que se citen a continuación ninguno de los numerosos estudios recientes que tratan de este asunto. De esta manera se reduce a una simple analogía lo que en la época era una creencia ampliamente extendida y no precisamente patrimonio de unos pocos, que los metales se desarrollan en el interior de la tierra bajo la influencia de los astros, el sol, la luna y los planetas, es decir, los astros tienen una influencia real y operativa en el proceso de gestación metálica. Esta creencia constituía entonces el fundamento de las diversas técnicas de prospección de yacimientos metalíferos que se utilizaban en la época (véase Pérez-Pariente y Pascual Valderrama (2014), *Llull*, 37, pp 39-62, para referencias sobre este tema). ¿De qué manera esa creencia influía en la práctica alquímica? Hubiera sido interesante explorar esa conexión.

La ausencia casi total a referencias cosmológicas en el ensayo puede comprenderse con el fin de lograr uno de sus objetivos, despojar a la alquimia de toda relación con aspectos que puedan condicionar o influir en la práctica alquímica que no sean reducibles a la naturaleza de las sustancias, materiales y procesos utilizados en la misma, aspectos sobre los que existe sin embargo abundante documentación. Es decir, aislarla de conceptos que tan claramente se expresan en las obras alquímicas medievales clásicas, como el *Testamento* pseudo-Luliano, de enorme influencia a partir de su redacción en el siglo XIV, o del concepto de *philosophia occulta* que dominó buena parte de la cultura Renacentista. Cabe preguntarse si no se ha ido demasiado lejos en ese intento, y si lo que resulta de ello sería reconocible por un alquimista medieval o renacentista, no por un fabricante de pigmentos o un maestro vidriero. En la misma línea cabe entender el tratamiento que se hace de la relación entre la alquimia y la religión. Este es un tema complejo y ciertamente controvertido, que se explora con una profundidad y amplitud cada vez mayores en estudios recientes. En el ensayo se sostiene que la relación entre alquimia y religión no es un hecho exclusivo de la alquimia, ni especialmente notable, una postura que ha suscitado un debate, a veces excesivamente acalorado, sobre el que es recomendable consultar un análisis más equilibrado en la obra de Wouter J. Hanegraaff, *Esotericism and the Academy. Rejected Knowledge in Western Culture*, CUP, 2012, así como el número especial que le dedicó la revista *Ambix*, bajo el título *Alchemy and Religion in Christian Europe*, vol. 60, 2013.

Aún con las reservas que se acaban de exponer, estamos ante una obra de lectura obligada para todo aquel que desee adentrarse sobre bases firmes en la historia de la alquimia, con toda seguridad la más importante de carácter general sobre el tema publicada desde hace décadas. Sería por ello muy deseable que alguna editorial de nuestro país tomase la iniciativa de ponerla a disposición del público en general mediante su traducción al español, estoy convencido de que no faltarían lectores.

Joaquín Pérez Pariente

Instituto de Catálisis y Petroleoquímica CSIC